

Homilía del Sr. Card. Mario A. Poli en la Celebración de acción de gracias por la canonización del Santo Cura Brochero

Encuentro de Clero de la Región Buenos Aires

Seminario Seminario Metropolitano | 4 de noviembre de 2016

Textos de la Liturgia: Ez 34,11-16; Salmo 22; Lc 15, 1-7.

Deseo compartir con ustedes la inmensa alegría por haber participado de la canonización de siete santos para la Iglesia universal, entre ellos, nuestro San José Gabriel del Rosario Brochero. En la Plaza de San Pedro, se distinguía su particular figura montando al que él llamaba «mi macho Malacara». Fue el Papa Francisco que con motivo de la Beatificación que se celebró en Córdoba, envió una carta muy sentida, y entre otras cosas decía: «Hoy el Beato Cura Brochero entró al Cielo con mula y todo...». Algún pudoroso borró de la foto original, el cigarro de chala que el sacerdote acostumbraba armar en sus viajes largos y penosos.

Esta Eucaristía renueva el gozo de ese día, y nos hace volver la mirada sobre su estilo sacerdotal, auténtico, encarnado y desplegado durante su vida con singular generosidad e intensidad. Hace ciento cincuenta años, en los días que precedían a su ordenación, el joven José Gabriel se disponía a realizar los Ejercicios Espirituales con el deseo de disponer el corazón a recibir el diaconado y el presbiterado junto a su compañero y amigo Juan Martín Yániz. Así refieren las crónicas:

Luego de que José Gabriel --junto con los demás seminaristas-- hiciera los Ejercicios Espirituales, el Obispo le confirió el Orden de Diaconado el 21 de setiembre del mismo año. Poco después, el 4 de nov de 1866, fue ordenado sacerdote, cantando su primera Misa el 10 de diciembre de ese mismo año, fiesta de Nuestra Señora de Loreto, Patrona principal del Seminario de Córdoba. [1]

El joven José Gabriel Brochero, viendo los admirables frutos que él y otros muchos habían obtenido del cielo por medio de estos Ejercicios de Nuestro Santo Padre Ignacio, les tomó desde entonces un amor muy grande y procuró al mismo tiempo ejercer una parte activa en las tandas que se daban, ya haciendo las lecturas o meditaciones, ya enseñando la doctrina a los más ignorantes y necesitados. [2] Pero a esa dimensión espiritual iban a suceder experiencias que completarían las facetas de

1 Datos tomados de la *Positio super vita et virtutibus del Siervo de Dios José Gabriel del Rosario Brochero (1840-1914)*.

2 ACJ. *Diario de la Residencia de Córdoba T. 1 (1859-1867)* f. 145: 20.5.1866. *Positio super vita et virtutibus del Siervo de Dios José Gabriel del Rosario Brochero (1840-1914)*.



su ministerio presbiteral. La Navidad de 1867 fue muy triste: pocos días antes se presentó el primer caso de cólera en Córdoba. Leve en los primeros momentos, su virulencia fue creciendo rápidamente hasta alcanzar proporciones aterradoras durante todo el año siguiente.

En la primera biografía del Cura Brochero se hace notar que en la época del cólera morbus, cuando todos huían del horroroso flagelo, y aun se vieron familias que abandonaron a sus deudos, Brochero permaneció siempre en la ciudad, llevando a cada enfermo los consuelos religiosos, socorriendo a todo el que pedía su auxilio, y extendiendo su piadosa acción, hasta donde le permitía su actividad extraordinaria en la práctica del bien. Fue uno de los sacerdotes que más se distinguieron entonces, eternizando en la memoria de un pueblo entero, el completo desprendimiento de sí mismo y la absoluta consagración en beneficio de los demás.

Con estas crónicas ya podemos imaginarnos el origen de su estilo pastoral. El Señor Cura, como le decían cariñosamente sus paisanos, cultivó una síntesis entre palabra y gesto, predicación y compromiso con los más necesitados, espiritualidad y promoción humana, preocupación por la salvación de las almas y una solícita caridad por atender las miserables condiciones en las que vivían sus feligreses. Utilizando el habla paisana de su gente y su abierta y simpática personalidad, supo vencer cualquier resistencia. El lenguaje enfático –no grosero–, que escandalizó a unos pocos, atrajo multitudes a los Ejercicios Espirituales.

Fue pastor fiel que «se ocupó de su rebaño cuando estuvo en medio de sus ovejas dispersas», en coincidencia con la profecía de Ezequiel, y las congregó con solícita caridad pastoral, sin medir esfuerzo ni sacrificio. La inspiración evangélica de su estrategia apostólica, la que definió su ministerio entre los más



Parroquia Inmaculada Concepción de Villa Devoto, lugar del encuentro

sencillos y olvidados, reproducen al infinito la parábola de la oveja perdida que hemos proclamado del Evangelio de San Lucas. Brochero entendió también que debía salir a buscar al más alejado –porque Jesús enseñó que Dios no admite que se pierda un solo hombre–, convencido de que «habrá más alegría en el cielo por un pecador que se convierta, que por noventa y nueve justos que no necesitan

convertirse». Así lo entendió el párroco del Tránsito:

Preguntaba yo cual era el hombre más condenau, más borracho y ladrón de la comarca. Enseguida le escribía una cartita diciéndole que pensaba pasar dos días en su casa, decir Misa, predicar y confesar, y que por tanto avisase a sus amigos. ¡Que pucha!, yo sabía que de esa manera esa gente me iba a

escuchar porque si iba a una casa buena esos pícaros no se iban a acercar. Ahí nomás les decía que me había costiau para hacerles bien, y que quería enseñarles el modo de salvarse, y que todos estaban condenaus, y que bien podían ver ellos que yo no tenía ningún interés, porque ¿qué podía im--por-társeme a mí que se los llevaran todos los diablos sino fuera por Jesucristo? Y aquí sacaba el Santo Cristo. Ahijuna, y se me echaban a llorar, que yo no sé como Dios me ponía esas cosas en el pico. Yo les decía: "Bueno, este sermón no vale nada. Mañana va a ser los bueno. Avisen a todas sus relaciones".

Estas salidas audaces de Brochero revelaron también su paciencia pastoral, una virtud que sabe comprender las debilidades de su gente y respetar los tiempos y procesos de la conversión, como aquel pasaje que él mismo narra:

Ahí nomás empezaba a confesar. Un día que di la comunión a mucha de esa gente, se me acerca una mujer y me dice: "Padre, fulano hace una hora que ha comulgau y ya está mamau como una cabra...". ¡Ahijuna!, dije yo... busqué al gaucho y le dije: "Pero, hombre, ¿cómo ha si-do eso?". "Ah Padre, me contestó, hacía veinte años que no comulgaba y de puro gusto me he mamau".

Con picardía campechana el Señor Brochero, que supo recibir a los pecadores y comer con ellos, agrega:

¡Ah mis amigos, ya los veo a todos aquí muy mansitos, pero en cuanto salgan van a ser como mi macho Mala Cara, se van a volver a la

tropilla de sus pecados! [3]

.No obstante, el apostolado del Santo Cura parece contagiarnos su optimismo, y su mirada de buen pastor parece decimos: «Alégrense conmigo, porque encontré la oveja que se me había perdido».

Resultado de estas excursiones, no solo en su Departamento sino por La Rioja y San Luis [4], más de sesenta leguas a la redonda, hubo veces de llevar setecientas personas a los Ejercicios, proporcionándoles el caballo y dinero y respondiendo por todo para la gente pobre. Soñó e imaginó una Casa de los Ejercicios que albergase hasta mil personas. Con la ayuda de sus pobres feligreses la inauguró en 1877.

Instaló en su confesionario el lugar privilegiado para entrar en el alma de su gente sencilla. El consejo que da a su vicario joven lo revela como confesor compasivo y misericordioso:

Que cuanto sean más pecadores, o más rudos, o más inciviles mis feligreses, los han de tratar con más dulzura y amabilidad en el confesionario, en el púlpito, y aun en el trato familiar. Y que si encuentran algo digno de reto, se lo avisen al Cura para [que] él reprenda, a fin de que los feligreses no se resientan con los

3 *Positio super vita et virtutibus del Siervo de Dios José Gabriel del Rosario Brochero (1840-1914).*

4 *Por esta razón, solicitó facultades ministeriales ordinarias en el vecino Obispado de Cuyo (cf. Archivo del Arzobispado de San Juan de Cuyo. Libro de licencias y facultades que concede S.S. Ilma. el Rmo. Obispo Diocesano de Cuyo N° 1 f. 16: 10.3.1874). Positio super vita et virtutibus del Siervo de Dios José Gabriel del Rosario Brochero (1840-1914)*



Canonización en la Plaza San Pedro

Ayudantes sino con el Cura, porque ya sabe él como lo[s] ha de retar.

Ahí, en la intimidad de la confesión negociaba con el más duro, y para sacarle el mínimo deseo de enmienda, muchas veces hizo promesas de sacrificios que solo Dios y los muchos penitentes conocen. Acaso es en esos momentos donde brotaba de su corazón paternal, el deseo de no perder a ninguno de los que el Señor le había confiado.

Gastarse y desgastarse por sus ovejas dispersas fue su pasión y así se lo dice a su obispo Reginaldo Toro cuando pidió su relevo de la parroquia del Tránsito:

Ilustrísimo Señor: Yo bien comprendo que la carrera eclesiástica se toma para trabajar en bien de los prójimos hasta lo último de la vida,

batallando con los enemigos del alma, como los leones de la sierra, que pelean echados cuando parados no pueden hacer la defensa.

Solemos decir que los santos murieron en una digna pobreza. Pero Brochero, que paso sus últimos días enfermo de lepra, ciego y en soledad, se siente un hombre rico. Su última carta conocida es conmovedora: a mí me conmueve. Sus amigos, que conocen su indigencia, hacen una colecta y se la obsequian. Luego de dudar y consultar a muchos si debía aceptar o no la ofrenda, expresa:

Y así me he visto obligado a aceptar la suma mandada, porque yo debo estar en error, y las personas consultadas deben estar en la verdad. Diga, pues, a sus compañeros de suscripción que quedo sumamente agradecido a su

generosa bondad. Y para que a ellos les llegue una especie de cons-tancia oficial, le adjunto esos papelitos para cada uno de los que han contribuido. Pídele les avise que -en gratitud del óbolo- el 23 del corriente les cele-bra-ré una Misa, y que -en el «Memento» de los vivos- rogaré por la felicidad temporal de cada donante y los que les pertene-ce[n] por sangre y afinidad, y que -en el «Me-men-to» de los muertos- rogaré por sus antepasados, afines y consan-guí-neos. También les dirá que yo me he considerado siempre muy rico, porque la riqueza de una persona no consiste en la multitud de miles de pesos que posee, sino en la falta de necesidades, y que yo tengo muy pocas, y éstas me las satisface Dios por sí mismo, y las otras por medio de otras personas, como son las relativas a la vista, las relativas a vestirme, prenderme. [5]

Esa es la riqueza sacerdotal del San José Gabriel. En su trato cercano aprendió de su gente a ser feliz y rico con poco y dándolo todo. Porque desprendido de sus cosas se quedó con lo esencial, como lo manda en su testamento: Dispongo que inmediatamente después del entierro procedan mis albace[a]s a verificar el correspondiente inventario de todos los bienes

que se reconozcan míos, menos el cáliz, copon-cito, vinajeras, platito de ellas, y los candeleros de mi altar portátil, porque ya he dado esos enseres a la Conferencia de San Vicente de Paul de Santa Rosa, aunque no se los he entre-ga-do todavía, porque me hacían falta esos enseres para celebrar Misa en las casas particulares .

Estas son las joyas apreciadas de su riqueza, las que lucía en cada Eucaristía que celebró hasta sus últimos días, recitando de memoria la Misa de la Santísima Virgen María: La Purísima.

Queridos hermanos obispos, sacerdotes y seminaristas, fieles: demos gracias por este sacerdote santo que nos regaló el Señor a la Iglesia que peregrina en la Argentina. Recibamos su patrocinio sobre el clero con la misma alegría que él tenía cuando ganaba para Cristo al más alejado.

San José Gabriel del Rosario Brochero: ¡ruega por nosotros! ■

5 Liendo: Carta del SD a Nicolás Castellano, 2.11.1913. En: El Cura Brochero, cartas y sermones, Conferencia Episcopal Argentina, Buenos Aires 2013, 803-804.